

inundaciones, los otros los desechaban como perfectamente innecesarios.

En lo que sí parece que estuvieron todos conformes, fué en cuanto á que no se mudase la ciudad á otro sitio, y entre las nuevas razones que se adujeron, llegaron á expresarse ideas bastante peregrinas, como la de afirmar que, con excepción de las casas sin cimientos y de adobes, la mayoría de las fábricas poco había padecido en la inundación de 1629, y que ésta facilitó el tráfico de las canoas por las calles, produciendo la ventaja á los vecinos de adquirir mercancías á las puertas de sus habitaciones, excusando así gastos de carrozas y mulas, y gozando en general de sanidad, «pues NUNCA HUBO MEJOR SALUD.» ¡Pero qué más! un vecino de Tlaxcala, llamado Juan Hernández de Vivero, se atrevió á decir, respecto del cambio de la ciudad á otro sitio, que no sabía «que diablo había levantado este alboroto, llegando con él al Real Consejo.»

Como un simple recuerdo citamos á continuación los nombres de los maestros y arquitectos, que presentaron á la Junta nuevos arbitrios para el desagüe:

El P. Fr. Andrés de San Miguel, lego carmelita, cuyo escrito se imprimió íntegro en el tomo IV de los «Anales del Museo Nacional,» donde puede consultarse.

El capitán Andrés Oviedo de Benesa presentó un proyecto escrito y su trazo en pintura, haciendo caminar el desagüe á tajo abierto, desde la calzada de San Cristóbal, Molino de Ontiveros, laguna de aquel nombre hasta «el árbol sabino y madre vieja del rio de Guautitlan,» terminado en la puente de Acotitlán, y por medio de la laguna de Zumpango, por el tajo de Enrico Martín, hasta San Gregorio. Calculaba ejecutarlo en dos años, con un costo de 885,000 pesos, empleando 5,080 indios, 4,000 bueyes carreteros que habían de reanudarse en el trabajo, 4,000 mulas, 2,000 enjalmadas y 4,000 huacales. Había de tener el tajo 67 varas en su mayor altura, otras tantas de latitud en la superficie y 8 por el plan. Sobrepone su proyecto, como más económico y ventajoso, á los que en otro tiempo presentaron Naranjo, Méndez, Zúñiga y Román.

Juan Fernández de Vivero presentó un proyecto impreso en

Madrid en 1633 y enviado á México por el rey con su cédula respectiva; acompañado de un manuscrito en que el autor manifestaba se hiciera punto omiso de todo lo contenido en la obra de Cepeda y Carrillo, lo mismo que de los tres puntos consultados, pues el único remedio era el que proponía, consistente en «abrir una barranca profundísima, que atravesase la loma de Gueguetoca hacia Nochistongo mediante vn agente natural, que es el rio de Guautitlan, descolgado por vn minimo socabonzillo, que se a de hazer con cierta quenta y medida, porque con lo furioso y rápido del agua, haga oquedad, y madre que vaya desmenuzando sobre sí la misma tierra de la parte superior, llevándosela por menor, hasta que se descubra la superficie, y quede hecha barranca, y que ello costará hasta 100,000 pesos, ó menos.»

No mencionamos aquí las ofertas que hicieron otros individuos, por haberse limitado á proponer modificaciones solamente al desagüe de Huehuetoca, ó á exponer medios de defensa puramente transitorios, como el ingeniero Adrián Boot, que volvió á exhumar en este año sus viejas ideas desechadas de antaño.

Dada cuenta, como dijimos, de todas las consultas y proposiciones, la Junta resolvió, como lo tenía pensado desde antes, que se hiciera visita á las obras del desagüe, para que oídas las opiniones de los peritos, en nueva Junta se tomara resolución definitiva. El virrey, por enfermedad, se excusó de ir, como era costumbre, á la vista de ojos; pero comisionó por decreto de 15 de Junio, para que á su nombre la practicasen, al Lic. D. Juan Alvarez de Serrano, al oidor D. Agustín de Villavicencio, al maestro Fr. Luis Flores, comisario de la orden de San Francisco, y al maestro Fr. Juan de Grijalva, asistidos de representantes de corporaciones civiles y religiosas, y de los maestros y cosmógrafos competentes.

La visita se hizo el 1º de Julio; el 17 del mismo mes hubo nueva Junta general, y como resultado de ella, el marqués de Cadereita, por auto de 20 de Julio del propio año de 1637, resolvió que el desagüe de Huehuetoca se hiciera á tajo abierto, profundizándolo y ensanchándolo de manera que por él, no sólo desaguaran todas las aguas del Norte, que vertían sobre los lagos de Zumpango y San Cristóbal, sino que quedase de tal modo, que se pudiera

continuar para hacer el desagüe de la laguna de México, pero sin valerse para nada de socavón.

Y para que se reconociera la posibilidad de la obra y lo que podía importar, había de comenzarse por la cumbre del cerro de Huehuetoca, que llaman la «Guiñada,» y entretanto se hicieran las obras necesarias de reparación en calzadas y albarradones. (1)

El anterior auto del virrey dió un nuevo curso á los trabajos del desagüe, pues al decretar el *tajo abierto* se resolvió para siempre abandonar el socavón, levantando los cielos de las bóvedas y dejando como reguera del tajo el antiguo paso subterráneo. (2)

Esta nueva faz en las labores fué lenta y prolongada, y duró más de centuria y media, ya bajo la dirección de frailes franciscanos, ya bajo la superintendencia de togados de la *Audiencia*, hasta que rematada en subasta pública, la tomó por su cuenta y le dió feliz término el Tribunal del Consulado.

La historia de tarea tan dilatada como colosal, es árida, cansada, sin incidentes notables que puedan hacer agradable la lectura de sus detalles; pero es necesario hablar aquí de algunos indispensables, para completar la narración que nos hemos propuesto hacer.

El 17 de Agosto de 1637 fué nombrado el P. maestro Fr. Luis Flores, comisario general de San Francisco, superintendente de las obras del desagüe á tajo abierto, obras que comenzaron el 20 del mismo mes y año en el punto llamado la «Guiñada.»

Al principiar los trabajos halló el P. Flores la fábrica del desagüe en estado bien lastimoso, por los derrumbes que había en muchas partes, y no salir por ella el agua; pero á remediar todo contribuyó la industria, laboriosidad y constancia del buen religioso.

Durante la superintendencia del P. Flores se profundizó el terreno por el arroyo abajo, hasta el socavón, tres varas y media, lo que facilitó el arrastre de la tierra. Vencióse la dificultad de la Guiñada, la que tenía un hundido de 72 varas de tierra y laja, y en la parte superior del cerro se hicieron dos grandes aljibes para recoger el agua llovediza, y se fué venciendo el peligro que causaba gran

(1) Con este auto termina la muy importante obra, que tanto hemos citado, bajo el título *Relación*, escrita por CEPEDA Y CARRILLO.

(2) HUMBOLDT. *Ensayo Político*, lib. 39, cap. VIII.

temor en parajes como los conocidos con los nombres de «Boca del Infierno,» «Boca del Purgatorio» y «Tajo de las desgracias,» cuyos solos nombres revelan el gran riesgo que presentaban, pudiéndose después andar por ellos sin temor ninguno.

Abrió el P. Flores más de 3,587 varas: quitó el ademe en más de 1,500, excusando así los gastos que demandaba la madera y clavazón: profundizó dos varas y media en una longitud de 18,000 varas, con el objeto de sacar las aguas de la laguna de Zumpango, que entonces tenía 17 varas en su mayor profundidad, 40 en su mayor latitud, y en los tajos de la Guiñada hizo lo propio, teniendo ésta 1,000 varas de longitud y 100 de ancho.

Para lograr vencer las mayores dificultades y precaver desgracias entre los indios trabajadores, acudió al procedimiento de derrumbar la tierra á los planes, dejando al ímpetu de las corrientes se la llevase, y cerrando las compuertas cuando los operarios tenían que sacar lajas ó levantar la tierra molida.

A fin de excusar los gastos que se hacían en tiempo de secas para evitar los desbordes de la corriente del río de Cuauhtitlán, gastos que habían ascendido hasta la cantidad de 7,000 pesos en tiempo del marqués de Cadereita, el P. Flores resolvió encauzar el río hacia el desagüe, por medio de una zanja de 7,000 varas de longitud, 14 de latitud y 16 de profundidad; «lográndose vencido, lo que juzgaban por imposible, y la seguridad experimentada de que en tantos años no ha tenido la ciudad inundación, ni recelo de ella, pues sus ciudadanos han fabricado suntuosos templos y edificios grandes, por conocer que con obra tan útil han cesado los daños que antiguamente experimentaron los mexicanos; y aunque en tiempo de D. Marcos de Torres y Rueda, obispo de Yucatan y gobernador de la Nueva España, cesó por diez meses (la obra), en que se dió el avio, sin embargo de petición y parecer del fiscal de su magestad, por muerte suya, se prosiguió por orden de la Real Audiencia, con crédito y opinion del que la obraba.» (1)

Sin embargo de la interrupción sufrida en los trabajos, de Junio de 1648 á Abril de 1649, se prosiguieron después con actividad, y en

(1) VETANCOURT. *Crónica de la Provincia del Santo Evangelio*. Tratado quinto, cap. III.

1653, gobernando la colonia D. Luis Enríquez de Guzmán, conde de Alva de Liste, el P. Flores rindió informe al rey de lo que había ejecutado durante todo el período de su superintendencia, que comprendía quince años, siete meses y veinticuatro días, informe que corre impreso con el título de «Memorial que el Padre predicador fray Luis Flores, padre de la Provincia de Santiago, en los reynos de Castilla, Comissario General que fué de todas las Provincias de la Nueva España, del Xapon, y Custodias de la Florida, Tampico, Rio Verde, y Nuevo México. . . . remite á su Magestad dándole cuenta del estado que tiene la obra del desagüe de Gueguetoca,» y consta de 27 fojas sin numerar, más una hoja que da «Razon de la última medida y estado en que se hallaba el desagüe á 14 de Abril de 1653.»

Continuó el P. Flores en el desagüe hasta que murió, siete años después, y aunque perito en hidráulica, como dice Beristáin, demostró más celo y estudio en las tareas llevadas á cabo bajo su vigilancia, que fruto y utilidad.

Para sucederle en la superintendencia del desagüe, en 1661 fué nombrado el P. Fr. Bernardino de la Concepción, también religioso franciscano, de quien asegura Ventancourt «que continuó con crédito la obra del tajo abierto, y por su ancianidad y achaques renunció el oficio,» gastándose en su tiempo cerca de 50,000 pesos.

Pero el «crédito» de que habla Ventancourt viene por tierra ante los datos que hemos encontrado en el Archivo Nacional. Por ellos consta que la superintendencia del P. Fr. Bernardino de la Concepción no fué buena.

D. Diego Escobar y Llamas, obispo de Puebla, visitador y virrey de Nueva España, en 6 de Septiembre de 1664 nombró al oidor D. Jinés Marote Blázquez Dávila, para que practicara vista de ojos en las obras del desagüe, pues él no podía hacerla personalmente, en atención á sus muchas ocupaciones. Dió motivo á la vista de ojos el haberse sabido el estado de abandono que guardaban las labores, y la noticia de que los fondos no se consagraban á su objeto. Hecha la visita, resultó que Fr. Bernardino apenas había ido en tres ocasiones á inspeccionar los trabajos: que los había dejado á la vigilancia de otro religioso llamado Fr. Félix Landegri: que el Dr. Gabino, que era el pagador del desagüe, por ser

criado y médico del virrey conde de Baños, antecesor de Escobar y Llamas, había también delegado sus funciones á un tal Miguel Enciso, el cual no satisfacía los salarios con puntualidad á los indios, ni en reales como estaba prevenido, sino en géneros, como pan, zapatos, semillas y otras mercancías que se expendían en la tienda allí establecida: que en vez de trabajar cien indios como era costumbre, sólo trabajaban cincuenta, y á veces sólo veinte, y que éstos, aburridos de la falta de pagos, abandonaban las obras.

Para remediar estos males se mandó que á los indios se les ministraran los salarios que se les debían, se nombró nuevo pagador, y por Noviembre de 1664, habiendo solicitado el virrey de Fr. Diego Zapata, superior de los franciscanos, le facilitase otro religioso que se encargara de las obras, propuso al R. P. Fr. Manuel Cabrera, quien fué nombrado superintendente, y comenzó á trabajar en la prosecución del tajo abierto en principios del año siguiente de 1665.<sup>(1)</sup>

El P. Fr. Manuel Cabrera fué sevillano, nació por el año de 1625, vino á Nueva España y profesó el 20 de Agosto de 1645 en el Convento de San Francisco de Puebla. Fué guardián de los conventos de Cuauhtitlán y de Santa María de la Redonda de México.

Desde el 21 de Marzo de 1665, día en que se encargó por primera vez el P. Cabrera de las obras, hasta el año de 1675 en que terminó el primer período de superintendente, abrió á tajo 2,196 varas, que sumadas con las anteriores abiertas por el P. Fr. Luis Flores, ascendían á 5,783 varas.

El P. Cabrera mereció por su dedicación y laboriosidad ser elogiado por el rey, y que éste dispusiera se gratificara á sus parientes si los tenía. El P. Cabrera fué activísimo: al sol, al aire y al agua trabajó sin descanso, hasta contraer una grave enfermedad que lo tuvo casi tullido en años posteriores. Logró desazolvar todo el cauce del tajo, avanzar éste muchísimo, construir medios de defensa para evitar los desbordes de los ríos, y lograr que en 1674 en que la temporada de lluvias fué muy fuerte, apenas sufriera la ciudad anegaciones parciales en sus calles.

(1) Archivo Nacional, *Desagüe*, tomo VI.